

SÁNCHEZ VÁZQUEZ: SU IDEA DEL SOCIALISMO

VÍCTOR FLORES OLEA

Quisiera expresar, en primer término, mi admiración por Adolfo Sánchez Vázquez. Admiración que se deriva de su obra, pero también —y esto desearía recalcarlo especialmente—, de las calidades morales e intelectuales de un hombre que ha sido ejemplar en el desarrollo de su vocación.

Es fácil, en las ceremonias, expresar admiración de circunstancia. Nada más lejano de mi propósito que el empleo ocasional de un sentimiento como éste, que en mí es profundo y motivado por un trato ya de muchos años, originado además por la reflexión obligada sobre la obra y el proceder político de un hombre como Adolfo.

Sobre la persona desearía mencionar algo ya sabido, pero que siempre vale la pena recordar: la reciedumbre de una pieza, la rectitud de las convicciones políticas e intelectuales de Adolfo Sánchez Vázquez, precisamente en un tiempo en que se han combinado tragedias, extremismos intolerantes, radicalismos sin apoyo, tormentas que han destruido mundos y también solicitudes y guiños por parte de una sociedad que prefiere el éxito de superficie a la dedicación intelectual, a la guía de una moral y una política con raíz en la vocación y en la convicción.

La vida de Adolfo Sánchez Vázquez a vuelo de pájaro: de muy joven, entregado a la militancia republicana, en su patria de nacimiento; el exilio después, y su decisión de formarse filosóficamente y de ahondar en el marxismo, como principio explicativo de la historia; su tarea como profesor en la Universidad Nicolaíta de Morelia y después, sobre todo, en esta Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional; y, desde luego, su labor como escritor, que lo ha convertido en uno de los teóricos más importantes, más respetados, del marxismo en esta segunda mitad del siglo que termina.

En este filósofo encontramos la reflexión creativa de un marxismo abierto en un tiempo precisamente de dogmatismos obcecados o de improvisaciones extremistas, que son dos maneras sectarias de rechazar teoría y pensamiento, cultura. Resalta entonces, por parte de Adolfo, la exploración concienzuda de temas simplemente negados o vanalizados por ese marxismo fácil que ha creído saberlo todo, que ha preferido simplificar y deducir partiendo de una doctrina supuestamente acabada en vez de enfrentarse a los problemas con el ánimo de la novedad intelectual, de la investigación y el descubrimiento, como tantas veces lo enseñó el propio Marx. Me refiero especialmente, entre muchos otros aspectos de su obra, a esa parte ya clásica de la misma que es la estética que ha desarrollado desde el punto de vista del marxismo.

Una de las investigaciones más fascinantes que pudieran hacerse de la historia política e intelectual del siglo XX, consistiría en la historia del marxismo, visto no exclusivamente en la sustancia de sus formulaciones sino en su evolución y vínculo con las exigencias de la táctica y la realidad política inmediatas, inclusive de la política más apremiante y pragmática. Veríamos entonces que el “dogma” se transformó muchas veces y que la “verdad última” presentada en cada circunstancia sólo ha sido, a su vez, un producto social. Con una característica: que esa “verdad” frecuentemente fue aplicada por un aparato represor que hoy convertía en traidores a los héroes de ayer y mañana en nuevos héroes a quienes hoy estaban en desgracia.

La obra de Adolfo Sánchez Vázquez estaría en lugar muy distinguido de esa investigación, precisamente como un gran luchador intelectual y político que argumentó en contra de las deformaciones sectarias del marxismo, y que se opuso tajantemente a las bárbaras dictaduras del llamado “socialismo real”.

Sería imposible mencionar siquiera algunos aspectos teóricos y políticos de su vasta obra. Nos referiremos a uno solo, pero de gran significado: las hondas consecuencias que ha tenido para el socialismo y para el pensamiento marxista el colapso de los regímenes del “socialismo real”. Tema esencial por las implicaciones teóricas y políticas —y aún morales y psicológicas— que ese fenómeno extraordinario ha tenido en nuestro tiempo, y que tendrá seguramente en el porvenir de la sociedad humana.

En varios ensayos recientes, por ejemplo, "Después del derrumbe: estar o no a la izquierda",¹ o "Socialismo y mercado",² o "Marxismo y socialismo",³ Sánchez Vázquez examina diversos problemas cruciales, entre ellos el de las relaciones posibles entre el "socialismo real" y la genuina tradición socialista y el pensamiento de Marx. Perdóneme Adolfo si cometo alguna prolongación excesiva de sus ideas, pero prefiero resumir según mi entender que recurrir a citas textuales que, por su inevitable brevedad, pudieran aparecer también como deficientes y fuera de contexto, en cuanto a la interpretación de los enfoques más generales.

Para Sánchez Vázquez, los regímenes del "socialismo real" no solamente habrían traicionado los valores e ideales del socialismo tal como lo pensaron Marx y Engels, sino que serían directamente su opuesto. La principal razón: el carácter no sólo antidemocrático sino dictatorial y bárbaro que asumieron esos regímenes. Naturalmente, el doctor Sánchez Vázquez explica algunas de las razones que están en el origen de esa enorme contradicción, alteración: principalmente el hecho de que la revolución bolchevique se produjera en un país atrasado, sin el desarrollo suficiente de las fuerzas productivas, y de que se hubiera pretendido construir el socialismo en "un solo país", cuando se esperaba la revolución mundial.

Pero lo importante es que a esta explicación "objetiva" Sánchez Vázquez agrega un elemento "subjetivo", llamémoslo así, que alude a las condiciones "culturales", "ideológicas" y hasta "personales" en que se produjo la revolución bolchevique. En sus escritos, nos recuerda pertinentemente las polémicas de Lenin con los líderes de la socialdemocracia europea, pero sobre todo las críticas de Rosa Luxemburgo denunciando desde el primer momento los métodos antidemocráticos que asumía la revolución de Lenin, y su desacuerdo con ellos porque traicionaban y negaban la *esencia* democrática del socialismo.

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, "Después del derrumbe: estar o no a la izquierda", en *Dialéctica*. México, invierno-primavera, 1992-1993.

² A. Sánchez Vázquez, "Socialismo y mercado", en *El socialismo del futuro*. Madrid, 1991.

³ A. Sánchez Vázquez, "Marxismo y socialismo", en *Nexos*. México, junio, 1988.

Sánchez Vázquez parece aceptar, con razón, que la liquidación de los órganos parlamentarios “burgueses” por los bolcheviques (la oposición a los valores puramente “formales” de la democracia burguesa), ponen ya a la nueva revolución en el camino de la dictadura. Si a esto añadimos que la práctica “autogestionaria” de los *soviets* se subordinó muy pronto a los mandatos del “centralismo democrático” del partido bolchevique, nos encontramos ya con los primeros pasos del camino que definió al régimen durante más de setenta años: el partido sustituyendo a la clase obrera, el comité central sustituyendo al partido y el secretario general entronizándose sobre los órganos de dirección del partido.

Para Sánchez Vázquez, hay determinados valores que definen esencialmente las reivindicaciones del socialismo: la libertad, la verdadera igualdad y justicia, la solidaridad, una democracia en que la sociedad dirija genuinamente la economía y la política. Yo desearía pensar —en la perspectiva que señala Sánchez Vázquez— que los fundamentales valores políticos y sociales de determinadas épocas de la historia del hombre, no pueden simplemente convertirse en “relativos” a un tiempo o a una clase, sino que se convierten en “universales” cuando son aceptados por amplios círculos culturales. Serían así “universales”, por igual, los derechos humanos, el Estado de derecho, la igualdad de todas las personas ante la ley, que ha sostenido la revolución democrática de la burguesía; y también los valores de justicia social, de solidaridad o democracia “autogestionaria” postulados por el socialismo.

Habría que sostener entonces que la historia es una especie de espiral acumulativa en que las conquistas anteriores, cuando expresan genuinamente necesidades de la sociedad humana, no se desvanecen ni pueden ser interpretadas como valores *exclusivos* de una “clase”, trascendiendo entonces, por decirlo así, una época y una determinada forma de producción. En esa espiral acumulativa los valores de las diferentes épocas no son necesariamente efímeros y contradictorios, sino muchas veces complementarios y permanentes: aspecto constitutivo de la cultura de que se trate, de una época, de una específica tradición histórica. Esos valores aparecen en un tiempo y en una circunstancia, pero su acción y significado es más duradero, más extenso.

Por mi parte, pienso que la versión sectaria y excluyente de la historia, que propició cierto marxismo, la que afirma que determinados valores, por ejemplo estéticos, morales o políticos debieran ser negados por el simple hecho de que aparecieron en una sociedad "clasista", es la raíz misma del dogmatismo y de la interpretación cerrada y liquidacionista de la historia. De allí a la exterminación física de quienes sustentaban diferentes ideas a las enarboladas por el poder —por una cruel dictadura— habría sólo un paso, como ocurrió en los regímenes del "socialismo real".

Tal vez habría que decir, en comentario al paso, que el término de "socialismo real" es un mero eufemismo; la manera en que los partidarios del stalinismo justificaron como necesario, como único posible, el socialismo que se desarrolló en la URSS, precisamente en las condiciones de un país atrasado y asediado. Puede emplearse el término, en mi opinión, por comodidad del lenguaje, pero advirtiendo las connotaciones negativas y opuestas a la perspectiva de un verdadero socialismo, que tuvo ese socialismo realmente existente.

Adolfo Sánchez Vázquez, de manera muy pertinente, aclara que en la construcción del "socialismo real" los dirigentes soviéticos —especialmente Stalin—, no se "desviaron" del modelo socialista original de Marx y Engels, que por otra parte no existió antes ni después, en ninguna parte. O que Stalin, nos dice Adolfo,

[...] al dirigir la construcción de su "socialismo de cuartel", siguiera un modelo marxiano —ni siquiera pervertido—, ni tampoco que al construirlo en las condiciones marxianas inexistentes tuviera razón contra Marx. Su "socialismo" despótico era otra cosa que no respondía, en modo alguno, a la utopía marxiana de la nueva sociedad.

Otra cuestión importante que aborda Sánchez Vázquez, y que en mi opinión constituye la médula del progreso político y democrático hoy en día, y de un desarrollo de la sociedad capaz de satisfacer las *genuinas* necesidades del hombre, no aquellas espurias impuestas por la publicidad y por la lógica de la acumulación del capital, se refiere a la discusión entre mercado y planificación, que ha sido parte de la dicotomía sustantiva que enfrenta ideológica y políticamente al capitalismo y al socialismo.

Sánchez Vázquez nos recuerda que, en un modelo “puro”, el capitalismo debería funcionar sobre la exclusiva base del mercado, sin ningún género de intervención estatal. En la práctica, sin embargo, el capitalismo se ha desarrollado con base en innegables apoyos del Estado, tanto para fortalecer la expansión del capital como para moderar los extremos de la acumulación y la pobreza, principalmente a través del Estado benefactor.

Por otro lado, idealmente la planificación corresponde al socialismo; no obstante, Sánchez Vázquez reconoce que una aspiración a la “total planificación”, sin controles democráticos y burocratizada, conduce indefectiblemente al desastre de la ineficiencia económica y del autoritarismo, como lo probaron los regímenes del “socialismo real”, y como lo demostró su derrumbe. A las causas de la catástrofe se sumó, sin duda, la consolidación de una *nomenklatura* que gozó de privilegios intolerables y se apropió, por decirlo así, de los recursos del Estado, manejando como bienes personales esos recursos públicos.

Ante los extremos de ambos modelos, que en sus versiones últimas se tradujeron en un neoliberalismo rapaz y ciego ante las necesidades sociales, y en una “planificación centralizada” ineficiente y autoritaria, dictatorial, Sánchez Vázquez reivindica la idea de un socialismo en que pueda tener su lugar la acción dinámica del mercado y de la iniciativa individual, combinado naturalmente con una planificación general capaz de atender las necesidades de la sociedad, y todo ello con fundamento en un sistema profundamente democrático, en que por definición se acepte el pluralismo y la participación de diferentes tendencias políticas, laborales, económicas.

Aquí, en esta combinación de iniciativa individual y de proyecto, o plan, o regulación económica del Estado, para evitar las más graves desigualdades y asegurar una justa distribución de la riqueza, encuentra Sánchez Vázquez, con razón, las posibilidades actuales de un socialismo con “rostro humano”. Haciendo él, naturalmente, el énfasis debido en un verdadero sistema democrático que asegure no sólo la vigilancia social del desarrollo de la política y la economía, sino que sea capaz de intervenir en su dirección, en la marcha misma de la sociedad en su conjunto y, por supuesto, en la gestión de los centros de trabajo. Una democracia que lo sea al nivel de la sociedad

global, de la nación, y que lo sea también al nivel más específico de las relaciones de trabajo, de las concretas comunidades de interés.

Sánchez Vázquez, por lo demás, insiste pertinentemente en que la perspectiva política de izquierda, la que se asume desde el ángulo del socialismo, no puede minimizar la crítica al capitalismo, precisamente por su negación de los valores humanos y sociales, por su carácter de sistema de explotación y dominación. "No se puede estar hoy a la izquierda —nos dice Sánchez Vázquez—, sin romper con todo lo que ha significado el "socialismo real", pero tampoco si de su derrumbe se saca la falsa conclusión de que el capitalismo no sólo es inventible sino civilizabile como sistema de explotación y dominación".

Hay un énfasis final de Sánchez Vázquez en aspectos nuevos que no puede olvidar la moderna perspectiva socialista. Me refiero a la necesidad de integrar a sus reivindicaciones cuestiones tales como la ecología, las discriminaciones de sexo, etnia o raza, o las luchas en favor de la mujer, no sólo para que alcance una genérica igualdad formal con el hombre sino para otorgarles un contenido concreto en la vida económica, política y social.

Desde luego, nuestro autor insiste en el rechazo a toda forma de hegemonía mundial o a las formas actuales que asume el imperialismo y el colonialismo. Las reivindicaciones del Tercer Mundo ocuparían un lugar fundamental en las luchas de la izquierda, y constituyen antecedentes necesarios para alcanzar, afirma Sánchez Vázquez, "la sociedad más justa, más libre y más igualitaria que llamamos socialismo". La libertad, la igualdad, la justicia y la democracia —nos dice el propio Adolfo— resultan requisitos absolutamente fundamentales del verdadero socialismo. Luchas y valores que no se pueden abandonar ni un instante, ni ceder acerca de ellos "una pulgada de terreno", porque cerraríamos el futuro.

Naturalmente, resulta hoy fácil postular una política, una idea de la sociedad, que recoja tan decididamente las aspiraciones del hombre y la sociedad contemporánea, como ésta que formula Adolfo Sánchez Vázquez. Por eso hablábamos al principio de una admiración al hombre y a la obra que trascienden la circunstancia, que aluden al pensamiento de un gran maestro, a las convicciones de un hombre del final del siglo que es ejemplo de reciedumbre moral y rectitud política.